

En Zaragoza han continuado las conferencias públicas dadas por profesores de la Universidad; pero los oyentes de ella son casi todos de clases ilustradas, no obreras.

Á estas instituciones, que ya llevan algunos años de vida, se han unido en el presente tres nuevas: una Universidad popular en Coruña, fundada por varios jóvenes llenos de entusiasmo; la Extensión universitaria de Jerez, iniciada por un catedrático del Instituto de la localidad, y las conferencias de igual carácter inauguradas en Ciudad Real por el señor Martínez, antiguo profesor de Oviedo y miembro de su Extensión universitaria, y ahora catedrático en aquel punto. También en León ha abierto el camino para una fundación análoga el alumno de nuestra Universidad señor García Moliner, que ya se había ensayado en las conferencias populares de Asturias.

Finalmente, el ministro de Instrucción Pública, señor Jimeno, ha dado un decreto que organiza de manera completa las escuelas nocturnas de adultos, á cargo de los maestros primarios, escuelas que bien dirigidas serán una base firme de la cultura popular y una preparación inapreciable para más altas labores en este orden. El intento del señor Jimeno es más modesto que el que se propuso el señor conde de Romanones al instituir en 1901 las llamadas clases nocturnas de obreros en los Institutos de segunda enseñanza; pero probablemente, será más práctico. Las clases nocturnas, aunque no suprimidas legislativamente, se han extinguido en la mayoría de los Institutos. En otros no llegaron á plantearse por la resistencia pasiva de algunos elementos del profesorado, poco amigos de novedades, ó la apatía de los obreros. Confiamos en que no ocurrirá lo mismo con las escuelas de ahora.

Cierto es que al lado de todas estas conquistas hay que deplorar algunas pérdidas. La Universidad popular de Valencia se halla aletargada; la Extensión universitaria de Salamanca murió en flor; á la de Sevilla le pasó otro tanto. Pero estos son accidentes comunes á toda obra nueva. En último resultado, los avances son hoy por hoy más que los

retrocesos. Yo he creído que á los españoles de América les sería grato saber lo que en este orden hacen sus hermanos de la Península, y lo he creído así, quizá porque á mi me parece sinceramente uno de los balances de mayor interés á que se presta la vida intelectual de nuestra patria.

V

Un programa

—¿Qué haría usted si fuese ministro de Instrucción Pública?—pregunté mirando de hito en hito al maestro, para sorprender su primera impresión.

—Ya sabe usted—contestó tranquilamente, sin dar importancia á la pregunta—que no lo seré, que no puedo serlo. Ni me ofrecerán la cartera, ni yo la aceptaría, porque lo considero inútil, más que inútil perjudicial...

—Comprendido—le interrumpí—. Lo de Ríos Rosas: se gobierna más desde la oposición que desde el poder.

Sonrió el maestro, á la vez que su mirada dirigiase, como distraída, hacia el horizonte despejado, luminoso, del Guadarrama. Yo comprendí que mi pregunta había suscitado en él un mundo de ideas, de preocupaciones. Insistí, deseoso de que pensase en voz alta.

—Pero figúrese usted por un momento que las circunstancias políticas varían, que amigos de usted muy queridos le piden en nombre de la patria que reorganice nuestra instrucción pública; que usted se convence del deber en que esto le pone...

—Repito que sería inútil—contestó—. Yo no podría aceptar sin condiciones, y al determinarlas, refiríamos; estoy seguro.

—¡Si pide usted imposibles!

—¡Imposibles!—exclamó animándose—. ¿Considera usted imposible aumentar el miserable presupuesto de Instrucción Pública que ahora disfrutamos? ¿Considera usted imposible corregir algo del derroche que en otros servicios caracteriza nuestra Hacienda? ¿Cree usted imposible aplicar cuando menos á la enseñanza lo mismo que ésta produce hoy al Estado?

Hizo una pausa, y en seguida, dominándose, como arrepentido de haber hablado con tanto calor, añadió:

—Usted mismo acaba de demostrar que su supuesto es pura fantasmagoría. Apenas he hablado de condiciones, ha opuesto usted el *imposible*.

—Fíjese usted en la intención con que yo he dicho esa palabra.

—Es verdad; pero el caso es lo mismo. Para mí, el primer deber de una persona que sinceramente se interese por la enseñanza y quiera ir á trabajar por ella desde el gobierno, consiste en poner como condición irremplazable el aumento del presupuesto. Debe entrar en el poder con el pacto expreso y taxativo de que se le concederá el dinero que necesita; y si llegado el caso no se lo dan, ó por mezquindades del financiero de turno ó por exigencias toleradas de los compañeros de gabinete, su dimisión irrevocable no ha de tardar veinticuatro horas. Si hubiera dos ó tres políticos que hiciesen esto uno tras otro, el país llegaría á comprender la verdad de lo que está pasando: que la mayoría de nuestros hombres públicos no *quiere* que el país se instruya y se eduque, que no *cree* en la eficacia de ese medio para hacer de España una nación moderna, y que en el fondo, á pesar de todos los ditirambos al uso, cuando llega la ocasión... retórica de hablar de enseñanza, les falta la convicción íntima del valor real que tiene la cultura, el amor intenso que se necesita para luchar de veras por su difusión y seguir con tenacidad, día tras día, un plan previamente pensado para lograr ese fin.

—¿Para usted, pues, lo primero en la reforma de nuestra enseñanza es tener dinero?

—Hasta cierto punto. Si yo dispusiese de un presupuesto... decente de Instrucción Pública, lo distribuiría nada más que en estas cosas: aumento de sueldo á los maestros primarios; material de enseñanza, especialmente para los estudios experimentales; pensiones de estudios en el extranjero.

—¿Nada más?

—Nada más, por ahora. Lo urgente es evitarnos la vergüenza de que nuestros maestros se mueran de hambre; llamar á esta función hombres de valer, que ahora se apartan de ella porque no ofrece porvenir económico ni aun dentro de la modestia más humilde; permitir que enseñen á la moderna los pocos profesores que saben enseñar, y formar personal para el día de mañana, al contacto con el de países más cultos que el nuestro. Para ello, como usted ve, no necesitaría modificar lo más mínimo la legislación de Instrucción Pública, que es el prurito de nuestros ministrables. Con aumentar las cifras de cada servicio, bastaba para mi propósito.

—¿Y no haría usted nada más?

—Poco más. Creo que en nuestro estado presente es un mal grave remover á cada paso la organización de la enseñanza. Lo fundamental en ésta, como en toda obra de hombres, es tener personal adecuado y medios. El personal no puede improvisarlo nadie; yo me limitaría á preparar su advenimiento mejorando la situación del grado primario, que es el más miserable, y sin el cual la acción de los otros cojeará siempre, y enviando gente joven, de todos los grados, á orearse en Europa y en América. Un buen profesor trabaja con fruto, cualquiera que sea la organización y el programa oficiales. No obstante lo rígido de nuestra reglamentación, usted sabe bien la gran libertad de que realmente goza el profesorado. Lo que hay es que la emplea pocas veces. Aprenderá á emplearla fuera de aquí, como han aprendido muy recientemente los franceses, los japoneses, los italianos y los yanquis. Lo demás—esas pomposas reorganizaciones de estudios á que son aficionados nuestros

políticos—vendrá á su hora, cuando podamos ocuparnos en esas finuras, cuando tengamos *hombres* para los *empleos*.

—¿Y la segunda enseñanza, la superior?—pregunté.

Vaciló el maestro, como quien todavía duda un poco.

Al fin, dijo:

—Ya sé que no son canongías los puestos de profesor de Instituto y de Universidad. Pero lo primero es lo primero. Tienen para el garbanzo español (modestísimo, eso sí) y basta por ahora, ya que no puede hacerse todo de una vez. La solución, por otra parte, la tiene un país pobre como el nuestro en las acumulaciones. Que trabajen algo más y cobren el doble... No, resueltamente; no haría en esto más que igualar las condiciones económicas de ambos profesorado. Ó todos quinquenios ó todos escalafón. Y nada de derechos de examen, que, aparte sus peligros, confesados por los mismos que los padecen, crean para algunos catedráticos de segunda enseñanza un sobresueldo superior casi al sueldo real, mientras otros cobran cantidades verdaderamente miserables. El Estado usará de los derechos de examen para mejorar igualmente la remuneración de todos.

—¿Y en punto á los planes?

—Nada, nada por de pronto, y quizá en mucho tiempo. Con que se cumplieran los vigentes, me contentaría. Si se enseñara realmente lo que la ley pide, podríamos darnos por satisfechos. Lo único que juzgo indispensable es volver á la antigua diferenciación de estudios que los Institutos actuales han borrado. Los maestros primarios, á sus Normales; los que siguen la carrera de Comercio, á sus escuelas. El bachillerato es otra cosa; y de no suprimirlo como algunos quieren (quizá tienen razón), hay que quitarle esas cargas que ahora embarazan su acción sin provecho para los agregados... Y ya ve usted que, aun haciendo esto, mi reforma *legislativa* se limitaría á volver á lo antiguo, á lo que aun no se ha borrado ni de la memoria... ni de la práctica de nuestros profesores.

—¿Nada más?—repetí deseoso de agotar la vena informadora en que, por fortuna, hallaba al maestro.

—No—repitió él también—. Hay que ir despacio, despacio, sin invertir el orden natural de los problemas, cuando no hay energías para acometerlos todos de una vez. Pero lo posible, es preciso acometerlo inmediatamente. El robustecimiento de la instrucción pública no es sólo la redención de nuestra ignorancia, sino la solución de la dificultad clerical, ante la que retroceden no pocos de nuestros llamados radicales. Mientras llegan soluciones políticas, que quizá tarden muchos, muchos años, no hay manera de defenderse del clericalismo más que atrayendo al país á la enseñanza del Estado, haciendo que ésta sea la mejor, sin competencia posible. Porque esperar que la sociedad misma se defienda, dentro del juego normal de la libertad, creando instituciones de enseñanza laica frente á las confesionales, es soñar imposibles en este pueblo, donde la opinión liberal no *siente* todavía la importancia de la cultura (aunque *hable* mucho de ella) y donde los ricos, entre dar su dinero para fundar una capilla ó una escuela, optan siempre por lo primero. Atengámonos á las condiciones presentes, y dentro de ellas luchemos por conseguir nuestros fines con las armas más seguras y de más rápido efecto.

VI

Europeísmos

En 1890 asistí al curso sobre *Organización universitaria en Inglaterra*, que M. Flach explicaba en el Colegio de Francia. M. Flach insistió repetidamente en hacer notar que el objeto de la enseñanza superior inglesa es formar *gentlemen* antes que científicos, y á eso responde el enciclopedismo de sus programas. Años antes, en el Congreso internacional de Educación de 1884, el profesor de Cam-

bridge, Mr. Seeley, había sostenido lo propio, reaccionando contra la invasión de los métodos eruditos á la alemana, cuyo sentido especialista creía él peligroso para la tradicional educación de la juventud anglo-sajona.

Y he aquí que, hace pocos meses, en el Congreso histórico de Roma, otro ilustre representante de la ciencia inglesa, Mr. Bryce, después de quejarse de la escasez de seminarios en las Universidades de su país, de la falta absoluta de una Escuela de diplomática, y en general de lo incompleto de la enseñanza *técnica* de este género (no obstante las grandes reformas realizadas en los últimos seis años), concluía declarando su confianza en que todo esto, muy necesario sin duda para crear buenos historiadores, no haría desaparecer aquel carácter clásico, enciclopédico, de los estudios, á cuyo calor se han formado hombres como Macaulay, Carlyle, Freeman, Green, etc. Es decir, que Inglaterra quiere seguir siendo lo que fué durante todo el siglo XIX, y á la vez que acepta lo bueno que halla en los métodos alemanes y franceses, cree que las especialidades y los tecnicismos no excluyen la más amplia cultura; antes bien, piden para su mejor aprovechamiento no olvidar que los estudiantes son, antes que nada, ciudadanos y *gentlemen*: en suma, hombres con toda la complejidad que esta palabra representa en punto á la extensión y al sentido de la enseñanza.

En el mismo Congreso de Roma, la sección IV (Historia del Arte) dedicó algunas de sus sesiones á discutir la metodología y organización de los estudios. Sabido es que las profesiones artísticas son de las más absorbentes entre todas las humanas y que—lejanos ya los tiempos en que Vinci, Miguel Ángel, Alberti, el Greco y otros colosos de igual temple ofrecían los más fecundos ejemplos de enciclopedismo—los artistas suelen hoy pecar de excesivamente confinados en los límites de sus especialidades y en el tecnicismo de ellas. La sección IV, á la que concurrieron maestros ilustres de todas las naciones, reaccionó contra el especialismo, declarando que el Arte debe enseñarse, «no

sólo desde el punto de vista técnico ó de la distinción de los estilos arquitectónicos, sino en conjunto, no cabiendo separar la arquitectura de las demás artes, si se quiere que los ingenieros arquitectos den unidad artística á sus composiciones»; y refiriéndose á los músicos, añadió que era preciso ampliar el estudio de la historia de la música en los Institutos dedicados al divino arte, «poniendo constantemente en relación la producción musical con la *historia civil* y con las otras manifestaciones de la vida intelectual en la época en que florecieron los compositores y se desarrollaron las varias formas musicales», é insistió en que creía oportuno que se tomasen medidas «para elevar *el grado de cultura* de los alumnos de los Institutos musicales».

Mientras así hablaban, en Roma, Mr. Bryce y la sección de Historia del Arte, el Consejo de administración de la Universidad libre de Bruselas estudiaba el modo de organizar una nueva Escuela comercial, debida en gran parte al generoso desprendimiento de M. Ernesto Solvay, el benemérito fundador de los Institutos de Sociología y Fisiología y de la Escuela de Ciencias Sociales, cuyos edificios se levantan próximos á la Universidad, en el Parque Leopoldo. Los organizadores de la Escuela Comercial han procurado, ante todo, huir del defecto que tienen los más de los establecimientos análogos, á saber: el exclusivismo profesional. De acuerdo en esto con las escuelas alemanas de Léipzig, de Colonia y de Francfort, cuya tendencia *universitaria* es bien patente, y con la *Faculty of Commerce* de Birmingham, han procurado ampliar todo lo posible los cursos de *cultura general* «para la formación total del espíritu de los alumnos» y para que éstos puedan una vez terminados sus estudios practicar el gran cambio, los negocios más importantes. En consecuencia, el programa comprende, junto á las enseñanzas propiamente técnicas, estas otras: Historia contemporánea, historia de las literaturas (para perfeccionar el conocimiento de los idiomas), biología general, sociología descriptiva, historia y geografía

comerciales, economía, colonización, régimen del trabajo, legislación obrera, estadística y hacienda.

* * *

Estos tres ejemplos—el de Inglaterra, el de los artistas é historiadores reunidos en el Congreso de Roma, el de la Universidad de Bruselas—señalan elocuentemente la orientación que Europa lleva á la enseñanza en sus determinaciones más especialistas. Se quiere evitar á todo trance el peligro del programa mínimo que, encerrando á cada cual en la esfera particularísima de su profesión, lo hace inepto para lo demás de la vida, lo sustrae á las relaciones múltiples que la sociedad moderna nos impone á todos y, en fin de cuentas, lo empequeñece y vulgariza en el campo propio de su acción profesional. Y nótese que quienes representan ese movimiento, no son países de los que es uso clasificar entre los ideólogos y teorizantes; son, por el contrario, países eminentemente positivos, *modernos*, países industriales y de educación práctica.

Una vez notado eso, vuélvase los ojos á nuestro país y se verá con asombro que (sin duda para confirmar la calificación de «país de los viceversas» que alguien le dió) los que se precian de reformadores modernistas enarbolan ahora la bandera de la *capitis diminutio* de la cultura general, encerrando cada profesión en un estrechísimo programa técnico, del cual esperan obtener maravillas. La experiencia y el ejemplo de los que saben y estudian más que nosotros, deberían bastar para no aventurarse en caminos que ellos evitan cuidadosamente. Cabe bien el temor de que, entrando por ellos, se llegue tan sólo á una depresión de la intelectualidad nacional y de la aptitud para las grandes empresas modernas, todavía más honda que la que hoy padecemos.

Nuestra economía

I

El renacimiento agrícola

«El país se levanta con una vitalidad insospechable, quizá imposible en cualquier otro, y que en éste se puede explicar por tratarse de una raza sobria, sufrida y tenaz. Precisamente las mismas cualidades que prolongaron la apatía del país, son las que ahora aseguran su rápido progreso. Como todo estímulo para obrar es tanto más enérgico cuanto más tiempo ha estado contenido, así el movimiento actual es tanto más vigoroso cuanto que la decadencia anterior había sido más profunda. Sólo ahora España, aislada de sus antiguas colonias, desembarazada de su peso, resurge más potentemente; y disponiendo de un suelo lleno de riquezas de todas clases, entra en un período histórico que ha de ser el de la España nueva.»

Esto dicen dos autores extranjeros, J. Hogge Fort y F. V. Dwelshauvers-Dery, en un artículo titulado *La España nueva*, que acaba de publicar, traducido al castellano, la prestigiosa revista del señor Lázaro (1).

Es posible que haya algo de exageración en punto á la intensidad del movimiento que acusan los citados autores; pero el hecho en sí es cierto, por lo que se refiere á la vida económica del pueblo español.

(1) Junio-Septiembre 1905.